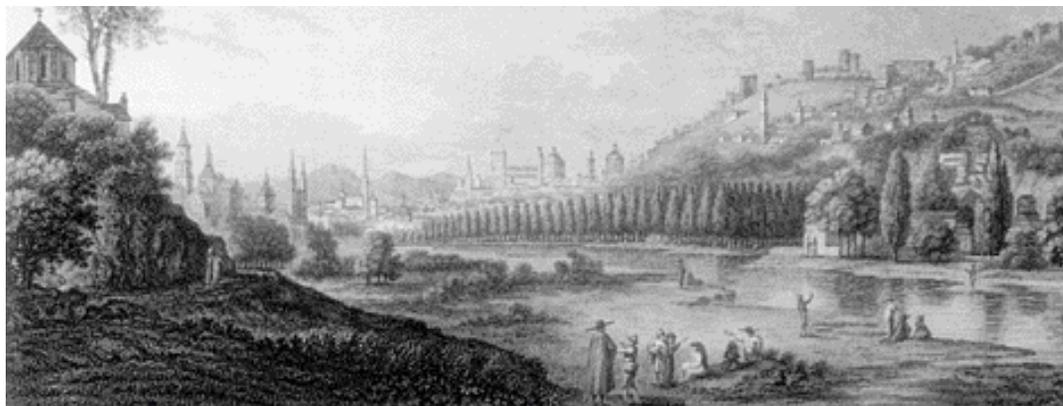


Granada

Guadalupe Loeza

Los destinos de Agustín Lara, García Lorca y el tenor, recientemente fallecido, Luciano Pavarotti se entrelazan en este texto de Guadalupe Loeza alrededor de la gran canción Granada del legendario compositor mexicano.



J. Scott, *Vista de Granada*

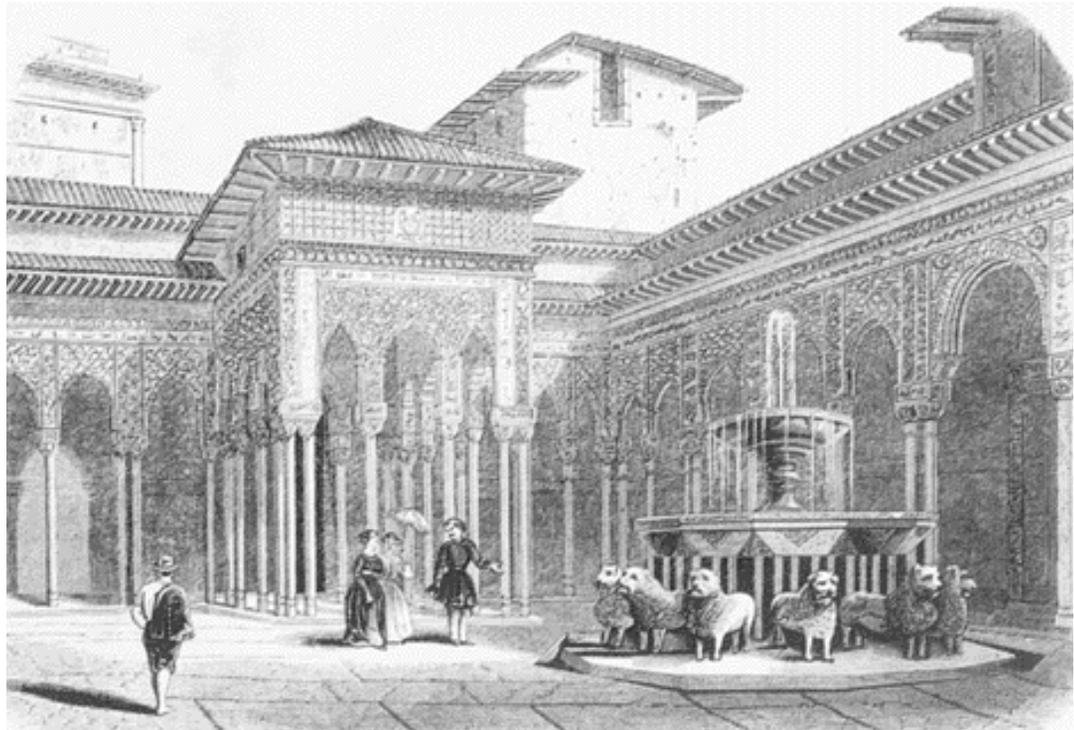
Para el flamante doctor en Derecho y el mejor cuñado del mundo, Agustín García López

Agustín Lara y su última esposa, Rocío Durán viajaron a España el 3 de junio de 1964. El compositor había sido nombrado Pregonero Mayor de las fiestas de Granada, ciudad donde recibiría el homenaje y el título de “Hijo Adoptivo del Pueblo de Granada”. Una semana antes había hecho traer un sombrero Cordobés de color gris para llegar con él a España como un verdadero “chipén”, como decía Lara, es decir, como un auténtico, ¡majo!

“Estamos en deuda con el autor de la canción que ha dado la vuelta al mundo en todos los idiomas, pregonando las bellezas granadinas. Más de treinta versiones en grabaciones extranjeras y españolas se han conseguido de la canción ‘Granada’. Los más importantes cantantes del momento, solistas instrumentales, conjuntos y orquestas la han incorporado en su repertorio en diferentes ritmos e idiomas”, había dicho en una entrevista el gran charlista García Sanchiz.

La llegada al aeropuerto de Barajas, junto con un buen número de miembros de la Asociación Nacional de Charros (éstos habían enviado anteriormente sus caballos por avión), fue verdaderamente apoteósica. Los hangares estaban llenos de admiradores, artistas, periodistas, compositores y grandes personalidades como: don Manuel Fraga Iribarne; Álvaro y Pedro Domecq; don Santiago Bernabeu; el conde de Mayalde; el alcalde de Madrid; el cantante Raphael que tenía como veintitrés años; Lola Flores; Sarita Montiel; Carmen Sevilla; las dos Rocíos, la Durcal y la Jurado. Entre tanta gente de vez en cuando se descubría la cabeza de Mario Moreno “Cantinflas”, pero muy poca gente lo reconoció ya que se acababa de hacer una cirugía facial. Dicen los que lo vieron, que se veía realmente extraño...

Por la tarde Agustín Lara y Rocío fueron a saludar al Generalísimo a su Palacio El Pardo, tal como lo había



La Alhambra, Patio de los leones

solicitado el protocolo español. Allí, en el patio del palacio, se encontraba la gran banda municipal cuyo director, el Maestro Echeverría, le cedió la batuta a Lara para dirigir su propia obra: ¡“Madrid”!

Desde que habían llegado a Madrid, el Ayuntamiento les había puesto, a las órdenes de Lara y de Rocío, un coche de marca Seat último modelo. El chofer, perfectamente uniformado, se llamaba Raymundo. Siempre que la pareja salía a pasear tenían al frente de su automóvil dos motociclistas abriéndoles el paso. Pero un día que estaban en Granada, en donde ya habían hecho a Agustín Lara el hijo adoptivo de la ciudad y ya le habían ofrecido una batuta de ébano cuyo mango estaba cuajado de rubíes muy pequeñitos, se escaparon para dirigirse al Albaicín, un barrio de gitanos muy popular. Se metieron en una típica taberna. Afuera había oscuridad y silencio. En su interior olía a vino y a esos olivos que solamente se dan en España. Entonces el “chato”, la bebida tradicional, costaba una y tres pesetas.

— ¿Saben ustedes de una cancioncita que se intitula “Granada”? —Preguntó el compositor.

— ¡Claro! Es de un español que se llama Agustín Lara.

Con una dulce brusquedad a causa de los “chatos” mezclados, el músico contestó.

— No señor. Está usted en lo cierto pero a medias. Es de un mexicano que se siente español en su tierra. Y le voy a decir a usted una cosa: a mi patria le he cantado muchísimo aunque especialmente le he cantado a la mujer. Pe ro yo soy más español que usted.

Luego les dijo que también había compuesto “Madrid”, “Sevilla”, “Murcia”, “Toledo”, “Clavel sevillano”, “Jerez”, “Bilbao”, “Santander”, “Valencia”, “La Carmen de Chambéry” y otras más. Todos se quedaron mudos. De repente, desde el fondo de la taberna, se escuchó un grito. Era un piropo dirigido a Rocío Durán:

— ¡Está usted mejor hecha que los diez mandamientos!

Por increíble que parezca, ya que era muy celoso, Lara celebró la flor, con mucha alegría. Minutos después de ese incidente, Lara pidió un “bolígrafo” y papel para escribir estos versos:

Anoche niña, te vi
como una ofrenda sagrada.
Algo que te prometí
cuando pisaras Granada.
La noche fue para ti.
La emoción quedó enterrada.
Ya ves cómo presentí
que te iba a obsequiar la Alhambra.
Yo no te sabré decir
qué ha sucedido con mi “alma”.
No sé dónde la perdí,
pero tienes que encontrarla.
Tienes que hablarle de mí.
Preguntarle dónde estaba,
tal vez en el Albaicín,
herida, muerta, cansada,

durmiendo un sueño de sueños,
en una cueva gitana.

Ya ves que no te menté
porque de hora es mi palabra.
Palabra que yo te di
y que he cumplido tirana.

Una vez que Lara recitó estos versos, de pronto, salieron corriendo tres gitanos de la taberna. Dos minutos después llegaron cientos de personas con sillas salidas de todas partes, de las ventanas, del aire, de los suelos. Se improvisó la tertulia. Apareció un piano vertical, una guitarra; sonetos y respuestas en verso. Esa noche a Agustín le brotaban las ideas, los versos. Era impresionante. Ya al caer la madrugada los lleva ron a un castillo del siglo XVI, donde vivía el “gitano mayor”, el patriarca. Era un recinto maravilloso. Los techos de las habitaciones estaban repujados de marfil y maderas preciosas; con las ventanas cubiertas por cortinas tejidas a mano parecidísimas a los sarapes de Saltillo. Cuando llegó la madrugada, los gitanos acompañaron a Lara y a Rocío Durán al taxi y desaparecieron.

Al otro día el alcalde don Manuel Sola Rodríguez Bolívar llegó furioso a tocar la puerta de la habitación del matrimonio.

—¿Cómo se expusieron a ese grado? ¿Qué no saben que los gitanos son rateros y que hubieran podido haber arrancado las alhajas de su señora?

—Pero si yo soy más gitano que los propios gitanos. Y ellos son tan buenos como el pan. Como prueba permíteme leerle lo que les escribí, a los gitanos, ayer durante la fiesta:

Coplero que va cantando
por las calles de Granada.
Ven y mira ese lucero
arriba de la Giralda.
Tira la capa, el sombrero, las botas y la mascada,
porque tú eres el primero
que ha visto llorar la Alhambra.
¡Hasta luego!
Ya es tiempo de que me marche,
ya conocí lo más bello,
desde el paseo de los tristes
hasta la cueva de Eugenio.
Me voy sin irme. ¡Mentira...!
¡Mentira...! Yo aquí me quedo.
De Granada no me quitan,
ni una lágrima ni un rezo.
Ni la paz de una mezquita,
ni de un palacio el señuelo.
Ni esta embrujada lunita,
que le hace guiños al cielo.

¡No señor, que no me incita
a separarme del suelo
de Granada, ni una cita
que tuviera con el miedo!

En el trayecto a la casa de García Lorca, que entonces se encontraba a las afueras de Granada, todos los periódicos de España hablaban de Agustín Lara. En el diario *Patria* aparecía una entrevista:

—Maestro, creo saber que usted nunca había estado anteriormente en Granada. ¿Cómo nació su inspiración?

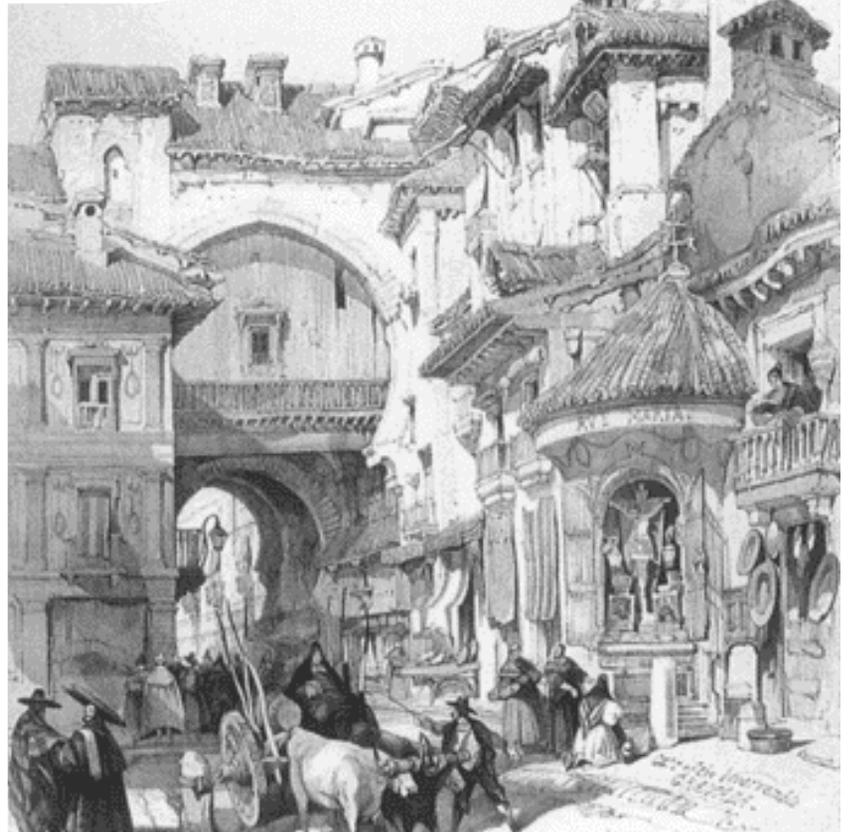
—No, señor, no la conocía, es la primera vez que piso esta tierra sacrosanta. Pero, como soñar no cuesta nada, yo soñé con Granada... ¡y aquí está mi sueño realizado!

—¿Querría decirnos maestro en qué año compuso “Granada” y en qué película fue ejecutada?

—“Granada” ha sido interpretada en veinticuatro películas, señor. Y la compuse en el año de 1932. Ya hace tiempo... en 1932. Vale decir un “chorro” de años.

En este mismo viaje Agustín Lara recibió, de la Villa de Madrid, la medalla de “Oro de Madrid”. Él sería el número diecinueve de las personalidades que habían recibido esta distinción, entre ellas: Churchill, De Gaulle y Orson Wells.

Hasta aquí con una de las tantas anécdotas del maravilloso compositor de “Granada”. Ahora vayamos con uno de los mejores intérpretes de una de las canciones más famosas del mundo.



David Roberts, Puerta de Bibarrambra



David Roberts, *Orillas del Darro*



David Roberts, *The Fortress of the Alhambra*

El 22 de noviembre de 2004 en el espléndido teatro de Coatzacoalcos, Veracruz, construido por el arquitecto Abraham Zabludovsky vi con mis ojos a mil ochocientas una personas boquiabiertas al mismo tiempo; mil ochocientas en tono de asombro y una cantando. Nunca había advertido tanto silencio en medio de mil ochocientas personas con actitud de respeto y admiración ante un solo hombre. Y nunca había coincidido con tantos *fans* respecto a la calidad y al talento de un artista cuya fama mundial más que estimularme, me rebelaba la apabullante publicidad de la que siempre había sido objeto desde hacía más de cuarenta y tres años que duró su carrera artística. Yo era una de esos centenares de personas que no dejaban de aplaudirle a Luciano Pavarotti. Me conquistó. Me emocionó. Incluso, podría asegurar, que me enamoró. Con esta misma actitud de reverencia me mantuve varios minutos, en tanto aplaudía, al terminar de cantar “Granada”. Mi marido se encontraba a mi lado, él también lo ovacionaba con mucho entusiasmo. A pesar de no ser una gran conocedora de música, sentí, muy claramente, cómo el arte tiene el don de tocar las cuerdas más recónditas del alma humana. El espectáculo había sido como un milagro gracias a la acústica, a la iluminación, a la orquesta, a la calidad del sonido y a muchos otros elementos que el arquitecto Zabludovsky, Medalla de Oro de Bellas Artes, seguramente tomó en cuenta al edificar el recinto y quien muriera el mismo día que aprobara los últimos detalles del gigantesco proyecto arquitectónico.

De Luciano Pavarotti, nacido en las afueras de Módena, al norte de Italia, hijo único de Adele Venturi, trabajadora en una fábrica cigarrera, y de Fernando Pavarotti, un panadero y tenor aficionado, que estimuló a Luciano para comenzar sus estudios en el mundo del *canto lírico*, se han escrito mares de tinta; pero habría que hablar también, de sus luces y sus sombras tal como lo hiciera, el crítico de música, Gerardo Kleinburg:

Luces y sombras, pues, en lo que se refiere a su carrera y a su vida, en todo aquello que no tuvo que ver con el canto propiamente dicho. Ése, de nuevo, quedó incólume. No así, en cambio, sus cancelaciones, su baja preparación musical, su reducido compromiso dramático en el escenario, sus escándalos tributarios y emocionales. Todo ello, acentuado conforme su fama mundial crecía y su salud física menguaba. No así, tampoco, sus desproporcionados requerimientos económicos y exigencias logísticas para presentarse en un teatro o un estadio al final de su carrera. Todo ello, aclárese, permitido y alentado por una legión de organizadores y promotores operísticos que —a guisa de monaguillos— daban cualquier cosa con tal de tenerlo ahí, de presentar al “dios” para que los feligreses entonaran su plegaria auditiva, de envolverse unos segundos con su “manto divino” para sentirse cooficiantes de pacotilla. Y ese dios en el que Pavarotti quiso convertirse y se dejó convertir, fue ya, durante mucho más tiempo que el deseable, un dios fatigado y prematuramente envejecido, un dios cada vez menos comprometido con su culto y sus fieles, un producto exhausto.

A pesar de no ser una gran conocedora de música, sentí, muy claramente, cómo el arte tiene el don de tocar las cuerdas más recónditas del alma humana.

Por su parte, el cura de la parroquia de Módena donde nació Luciano Pavarotti, don Mauro, de setenta y tres años y quien llevaba varias semanas rezando por la vida del tenor quien finalmente muriera a causa de un cáncer de páncreas, el 6 de septiembre de 2007, dijo:

Era una persona profundamente cristiana, aunque como todos los artistas, mezclaba lo mundano con lo sagrado.

Recuerdo que cantaba en las bodas cuando todavía no era famoso, y que el día del funeral de su padre, y luego en el de su madre, estaba postrado por el dolor. Era muy unido a su familia.

Don Mauro dio su teoría sobre el éxito del tenor.

No era técnicamente superior, pero tenía una voz de una humanidad tremenda, que dejaba petrificado a quien lo escuchara. Pavarotti ha sido lo más importante que ha dado al mundo esta ciudad. Junto con la Ferrari y el vinagre balsámico, es lo más conocido que tenemos.

Y hablando de las sombras del gran tenor italiano, unos días después de su muerte, nos enteramos de que el último testamento depositado por Pavarotti priva a las tres hijas del primer matrimonio de una parte importante de su herencia, una decisión que va a generar fuertes divisiones en la familia.

Según la prensa italiana, el testamento, redactado el 29 de julio, cinco semanas antes de su muerte, fue abierto el lunes a petición de los abogados de su segunda esposa, Nicoletta Mantovani.

Mientras que en el primer testamento, elaborado el 13 de junio, el tenor disponía la distribución equitativa de sus bienes entre las tres hijas de su primer matrimonio, la segunda esposa y su pequeña hija de cuatro años, en el segundo introduce una cláusula sobre el importante patrimonio inmobiliario en Nueva York.

En sus últimas voluntades, Pavarotti designa a Mantovani, treinta años más joven que él, como única heredera de los tres departamentos que tiene en la elegante zona de Central Park, así como de la colección de obras de arte que dejó en Italia y en los Estados Unidos y que incluye, entre otros, cuadros de Matisse.

La prensa estima que ese patrimonio tiene un valor de cerca de quince millones de euros, y que fue creado un *trust*, fórmula jurídica que se emplea en los Estados Unidos para reglamentar las sucesiones, para evitar que sea dividido con las tres hijas del primer matrimonio: Lorenza, Cristina y Giuliana Pavarotti. El total de la fortuna es de doscientos millones de euros.

“Una noticia que nos sorprende”, declaró Fabrizio Corsini, abogado de las tres hijas del cantante. “Vamos a verificar los datos, la fecha de creación del *trust*. Pediremos que se haga una estimación de todo el patrimonio de Pavarotti, inclusive de sus propiedades en los Estados Unidos”.

“Para nosotros”, sostiene el representante legal de las tres hijas, “el testamento válido disponía para cada hija la cuota legal prevista por la ley y nombraba a Nicoletta Mantovani como heredera universal, concediéndole además la cuota disponible. Una decisión que las hijas habían aceptado con serenidad”. **U**



John Frederic Lewis, *La Alhambra y Sierra Nevada desde el peñador de la reina*, 1834